

OPINIÓN

No en días de sol

Pahor, sobreviviente del holocausto, sugiere visitar los campos en días de viento y lluvia

Miquel Molina | 11/05/2010 | Actualizada a las 00:34h | [Ciudadanos](#)

Los cuadros hablan, y no sólo para decirnos qué pretendía su autor. La biografía de algunos lienzos dice mucho sobre quiénes fueron sus propietarios antes de que acabaran colgados en un museo. Lo que quiso decirnos Picasso en *Desnudo, hojas verdes* y *busto*, vendido la semana pasada en Nueva York por 82 millones de euros, es información que nos suministra la crítica especializada. Pero hay otras historias detrás de este y otros lienzos que son menos evidentes, pese a su elevado valor didáctico. *Desnudo, hojas verdes* y *busto*, por ejemplo, tuvo entre sus propietarios al galerista francés Paul Rosenberg (1881-1959), un nombre que ha sido citado de pasada a raíz de la subasta pero en el que conviene detenerse.

MÁS INFORMACIÓN

[Solar](#)

El judío Rosenberg destaca por haber sido uno de los galeristas que impulsó la globalización del arte gracias a su labor de puente a uno y otro lado del Atlántico. Valedor de Picasso, en la década de los veinte permanecía dos meses al año en Nueva York para estar al corriente de

lo que tramaban las vanguardias. Hasta que estalló la Segunda Guerra Mundial y tuvo que huir a EE.UU. dejando atrás buena parte de su colección. Obras como la ahora vendida se salvaron por poco de la voracidad de Hitler y Goering; la mayoría cayeron en manos de los nazis y se dispersaron. En la posguerra, los Rosenberg las fueron recuperando, a veces después de que prestigiosas casas de subastas las hubieran reintroducido *blanqueadas* en el mercado sin preocuparse por investigar su procedencia. Aún hoy, la nuera de Paul, Elaine Rosenberg, trata de localizar obras que fueron saqueadas 70 años atrás a su familia y que no siempre aparecen en manos de particulares. A veces han sido encontradas en las paredes de museos locales que ignoraban su origen criminal.

El olvido y la necesidad biológica de vivir el momento nos impide percibir con toda su crudeza hechos históricos de gran valor didáctico. Cuadros de Picasso, Manet, Degas, Monet, Cézanne o Courbet que hoy admiramos son testigos silenciosos de la injusticia sufrida por sus legítimos propietarios, algunos de los cuales acabaron sus días en un campo de concentración. En cambio, lo que nos llama de verdad la atención es el precio pagado por un cuadro.

Este desfase emocional lo subraya con prosa sobrecogedora Boris Pahor (Trieste, 1913) en su novela *Necrópolis* cuando narra su visita al campo de exterminio de Natzweiler-Struthof, décadas después de haber permanecido allí confinado. Rodeado de turistas en un día de verano, frente al antiguo horno crematorio, Pahor (que estará en junio en Barcelona para presentar la edición de *Necrópolis* de Anagrama) sugiere al lector que los escenarios del horror no deberían visitarse en días de sol: "Me parece injusto que los visitantes recojan sus impresiones en un ambiente tan agradablemente cálido y tranquilo, casi onírico; deberían andar por la explanada en los días en que predominan la oscuridad, las lluvias o los vientos furiosos".

PUBLICIDAD. [Consulté aquí los resultados de la lotería.](#)

**Reserva tu viaje a Cerdeña
¡ ANTES DEL 31 DE MAYO !**




GRIMALDI LINES

La tienda de La Vanguardia.es | [Ver más productos](#)